

# LEJOS AFUERA

Accésit del II certamen de narraciones cortas "Monumento Natural Los Barruecos" 2003

Mario no era lo que se dice un buen estudiante. Había aprobado el Bachillerato en junio, pero no la Selectividad. Y ahora en septiembre la había sacado, pero con tan mala nota que le impedía el acceso a prácticamente cualquier carrera que valiese la pena.

Sus padres trabajaban ambos fuera y se veían poco, casi siempre a la hora de comer y un rato por la noche. Últimamente el tema de la mesa era su futuro:

- Si no vas a estudiar, tú verás lo que quieres hacer -le decía su padre. Pero a tu madre y a mí nadie nos regaló nada, de modo que aquí no mantenemos a vagos.

En esas ocasiones miraba de soslayo y con rencor a su hermana, que sin levantar la vista del plato sonreía con suficiencia. Mucho mejor alumna que él, había aprobado el Bachillerato con buenísimas notas y ahora estaba en segundo de Filología. Mario opinaba que tanto ella como sus amigas eran unas pijas.

La verdad era que por primera vez en su vida no sabía qué hacer, ni a qué quería dedicarse en el futuro. Sus aficiones eran dos, a saber: el ordenador y las novelas de Sherlock Holmes, así que se pasaba las horas muertas en su habitación, dedicado a una cosa u otra. Por lo que respecta a la primera, y en contra de lo que pudiera esperarse, no estaba enganchado al chat; a él lo que le gustaba era, además de jugar a *La Edad de los Imperios*, visitar al azar y a través de Internet países y lugares lejanos, siempre más maravillosos y menos aburridos que su pueblo. Esta inclinación le había costado más de una bronca por las desmesuradas facturas de teléfono y soportar los alaridos de su hermana, que le exigía se desconectara para ocupar ella la línea.

Además del futuro de su hijo, a sus padres les preocupaba el que apenas se relacionara con otros chavales de su edad. Pero es que a Mario no le gustaba el fútbol ni tampoco las motos y por eso, cuando a primeros de septiembre cerraron la piscina, empezó a dar largos paseos alrededor del pueblo.

Sus recorridos favoritos bajaban hacia el Salor, a esas alturas del verano casi seco, y de vez en cuando pasaba junto a un caserón abandonado a poco más de cien metros del

río. Tenía dos pisos, y las puertas y ventanas de la planta baja se hallaban tapiadas, pero era posible acceder a un enorme corral y a las caballerizas. Caminaba junto al edificio y nunca entraba debido a una barrera casi física, algo así como una presencia que le hacía sentirse molesto por violar un lugar prohibido. *Miedos de infancia*, se decía. Y pasaba de largo.

Pero en una ocasión el morbo o la melancolía pudieron más, y cruzó el umbral. Se adentró en aquel gran patio, ámbito donde aún parecían resonar las voces de los mozos y el ruido de los animales del antaño floreciente cortijo. Entonces fue cuando lo vio.

Relumbraba en el suelo con el brillo gastado de una moneda que lleva perdida mucho tiempo. Pensó que serían veinte duros, o cinco de los antiguos, pero no: era un euro. Lo tomó entre los dedos y le chocó su aspecto deteriorado, de moneda que ha pasado mucho tiempo a la intemperie, cuando esta pieza no llevaba ni un año en circulación, y se sorprendió aun más cuando al darle la vuelta comprobó que no era español. Aquel señor con gafas -en su aula había un póster con todas las monedas de la Unión, y él se había dedicado a memorizarlas en las asignaturas más aburridas- delataba el origen de la moneda: Bélgica.

Imaginó que se le habría perdido a algún turista de los que venían al museo Vostell, y se la echó al bolsillo. Durante varios días estuvo allí, y por la razón que fuera nunca apareció la ocasión de gastarla. Al final la dejó en su cuarto, sobre la mesa de estudio, y a veces sus ojos la encontraban. Aquella moneda parecía querer decirle algo importante, pero él no se veía capaz de desentrañar el misterio. *Seguro que Sherlock Holmes hallaría la llave para esta cerradura*, pensó.

Pasaron varias semanas y se olvidó del asunto. Una tarde a finales de septiembre en que había discutido con su madre y no soportaba a su hermana, salió de casa y sin planteárselo mucho recorrió el camino hasta el caserón. Penetró en el patio e instintivamente miró hacia el lugar donde había aparecido la moneda. No había más euros, pero sí un periódico.

En contra de lo que cabía esperar no era un periódico español, sino *Le Soir* de Bruselas, y tenía fecha del día anterior. ¿Cómo habría llegado hasta allí? Ignoraba si la prensa en papel puede viajar tan rápido de un país a otro, pero en cualquier caso imaginó que el presunto turista ocasional no lo era tanto, así que se le ocurrió dejarle un mensaje. Felizmente llevaba un bolígrafo encima. Junto a la mancheta del periódico escribió:

*¿Quién eres? Yo me llamo Mario*

Unos días después pasaba de nuevo junto al caserón y se acordó de su nota. Se sintió muy ridículo por haberla escrito, pero de todos modos entró. Como si le esperase, allí estaba el periódico, que alguien había envuelto en un plástico. Al sacarlo se dio cuenta de que estaba húmedo. Desde luego no podía ser de lluvia, pues hacía tres meses que no había caído ni una gota. Sus palabras del otro día, que ahora se le antojaban infantiles, estaban allí, casi borradas. Fue pasando una a una las hojas, procurando despegarlas sin que se rompieran. A medida que avanzaba hacia el centro estaban más secas. Hasta que encontró un papel blanco que no vio la otra vez. Lo desdobló. La caligrafía se había desteñido un poco con el agua, pero aún era legible:

*Salut! Je ne comprends pas très bien l'espagnol, bien que je l'aie étudié pendant un an au Lycée. Je m'appelle Monique, et je viens au parc quand je suis triste. Toi aussi, tu aimes le lac?<sup>1</sup>*

El mensaje le sorprendió aunque era de esperar: moneda belga y periódico belga, pues francés. Menos mal que las lenguas no eran lo que peor se le daba, y que el francés lo había tenido de segundo idioma.

De todas formas, ¿qué hacía una chica joven, y extranjera para más señas, por aquellos andurriales? ¿Por qué hablaba de un parque cuando estaban en mitad del campo? Y en cuanto al lago, pues se referiría a Los Barruecos, otra explicación no cabía.

Aun así, el juego le pareció divertidísimo, de modo que cogió una hoja de la libreta que traía preparada y se esforzó por desempolvar la fraseología de clase. Querría haberle escrito una larga parrafada, pero sólo fue capaz de poner:

*Moi aussi j'aime le lac<sup>2</sup>*

A partir de aquel momento las idas y venidas al caserón fueron continuas. Como

---

<sup>1</sup> Hola, no entiendo muy bien el español, aunque lo estudié durante un año en el instituto. Me llamo Mónica, y vengo al parque cuando estoy triste. ¿A ti también te gusta el lago?

<sup>2</sup> A mí también me gusta el lago

desde el pueblo había casi cinco kilómetros, sacó del trastero su bicicleta largo tiempo arrinconada y con ella recorría aquel traqueateante sendero en mucho menos tiempo del que tardaba andando.

¿Cómo sería Monique? Se la imaginaba rubia, de piel blanca y ojos azules. ¿Se habría cruzado alguna vez con ella? Por el camino seguro que no: apenas se encontraba gente, salvo algún pastor con sus ovejas o señoras mayores de paseo. Pensó en quedarse al acecho para verla llegar, pero un par de tardes de espera resultaron infructuosas. Sin embargo, cuatro días después de su segunda nota, el periódico había desaparecido y en su lugar había una piedra plana. La levantó y allí estaba su papel, pero con una inscripción a la vuelta. La misma letra menuda de la otra vez:

*J'ai dix-sept ans et habite près d'ici, à l'Avenue Roosevelt. Et toi?*<sup>3</sup>

Esta vez venía preparado: además de la libreta, se había traído un diccionario de bolsillo francés-español que le había mangado a su hermana. En una nueva hoja escribió:

*Moi aussi j'ai dix-sept, et j'habite à Malpartida de Cáceres*<sup>4</sup>

Sus padres estaban encantados porque veían que dejaba en paz las novelas de misterio y el ordenador, y se iba, creían ellos, con los amigos. Pero eso no le sorprendía a Mario. En cambio la contestación de Monique:

*Malpartida? Ça a l'air d'être en Espagne. Je veux dire où est-ce que tu habites ici*<sup>5</sup>

Mario no comprendía qué quería decir la chica. Su siguiente mensaje fue:

---

<sup>3</sup> Tengo diecisiete años y vivo aquí cerca, en la Avenida Roosevelt. ¿Y tú?

<sup>4</sup> Yo también tengo diecisiete, y vivo en Malpartida de Cáceres

<sup>5</sup> ¿Malpartida? Eso tiene pinta de estar en España. Quiero decir dónde vives aquí

*Ici? Qu'est-ce que tu veux dire?*<sup>6</sup>

La respuesta le dejó helado:

*Tu te moques de moi! Ici à Bruxelles*<sup>7</sup>

Bueno, pensó, *esta Monique apuesta fuerte. Le seguiremos la corriente:*

*Comment s'appelle ce lieu?*<sup>8</sup>

Monique:

*Tu poses des questions bizarres, toi! Tu ne serais, par hasard, un déséquilibré? C'est le Bois de la Cambre, tout le monde le connaît, non?*<sup>9</sup>

Como buen detective, ya tenía datos que investigar y comprobar.

Aquella tarde se encerró varias horas con el ordenador. Tan concentrado estaba que ni siquiera oyó a sus padres comentar detrás de la puerta que ya volvía a las andadas, ahora que parecía haberse vuelto más sociable. Pero Mario no chateaba ni jugaba a la *Edad de los Imperios*, sino que había entrado en un buscador: *Mapa de Bruselas*. Efectivamente, al Sur de la ciudad existía un parque con ese nombre. Bastante grande, por cierto. Y al lado la Avenida Roosevelt. Nueva búsqueda con *Bruselas* y después, afinando, *Bois de la Cambre*. Pinchó en la primera página y se cargó enseguida. Por suerte tenía fotos. Era, efectivamente, un parque muy grande, con árboles frondosos. Y un lago que le recordó al del Retiro de Madrid, donde habían montado en barca cuando el viaje de fin de curso.

Así que los detalles era ciertos, pero eso no quería decir nada: sólo que la chica era de

---

<sup>6</sup> ¿Aquí? ¿Qué quieres decir?

<sup>7</sup> ¿Te burlas de mí? Aquí en Bruselas

<sup>8</sup> ¿Cómo se llama este sitio?

<sup>9</sup> ¡Vaya preguntas que haces! ¿No estarás pirado, por casualidad? Esto es el Bois de la Cambre, todo el mundo lo sabe, ¿no?

allí o que conocía el sitio. Pero seguro que ahora vivía en Malpartida o como mucho en Cáceres. Fantasearía con que volvía a su antiguo hogar y había encontrado un panoli que se lo creía. Tuvo la repentina sensación de que le estaban tomando el pelo: enrojeció hasta las raíces del cabello, y luego sintió furia. No se dejaría engañar más, así que preparó una larga y educada carta donde le reía a la presunta Monique la broma y se despedía de ella hasta que fuese a visitarla a Bruselas. Para esto se sirvió de un traductor automático en Internet; no es que las versiones fueran muy brillantes, pero las suyas eran con seguridad peores.

Cuando fue a poner la carta en el sitio de costumbre y mientras se despedía mentalmente de todas las Moniques del mundo, se fijó en algo en lo que no había reparado ninguna de las veces anteriores: justo en el lugar donde se intercambiaban las notas, y en un círculo de aproximadamente un metro de diámetro, la tierra era esponjosa y oscura. Y las hojas de los árboles allí caídas eran de roble, arce, plátano. Hojas marchitas del temprano otoño belga. Hojas de árboles que no existían aquí, rodeado nada más que por encinas de la dehesa extremeña, eterno espejo de sí misma.

Quedó un rato como atontado. Para una broma aquello ya era mucho. Decidió arriesgarse: arrugó la carta que traía y escribió una nueva, que en abrupto francés decía más o menos:

*Monique, j'ai quelque chose importante à te dire. Je ne suis pas à Bruxelles, mais en Espagne<sup>10</sup>*

Al otro día:

*Mais tu es fou ou quoi? Cela n'est pas un chat. Donne-moi une preuve, si tu peux<sup>11</sup>*

Mario:

*D'accord. Viens demain<sup>12</sup>*

---

<sup>10</sup> Mónica, tengo algo importante que decirte. No estoy en Bruselas, sino en España

<sup>11</sup> ¿Pero estás loco o qué? Esto no es un chat. Dame una prueba, si es que puedes

<sup>12</sup> De acuerdo. Ven mañana

Volvió al pueblo, compró un periódico regional y regresó con él. Un par de días después el periódico ya no estaba, y no había ninguna nota en su lugar.

Sabía que no habría más mensajes de Monique. A menos que él hiciera algo.

Quizá fue así como tomó la determinación. Aquella noche cenó y esperó a que en su casa se hiciera el silencio. Sus padres se levantaban temprano, de modo que a las doce de la noche todos dormían. Esperó dos horas más. Luego, sigilosamente, cogió de donde las había dejado por la tarde una manta, una linterna, agua y algo de comida. Lo metió todo en una mochila y salió por la puerta del garaje, esforzándose lo infinito por no hacer ruido.

No había luna. Las estrellas brillaban con el relente de las primeras noches de otoño. Cruzó el pueblo dormido y se encaminó hacia el Salor. El camino, tantas veces hecho a la luz del día, se le hizo esta vez irreal e infinito. Pese a tener la certeza de que no había nadie a esa hora por el campo, a veces temía ser descubierto, apagaba la linterna y trataba de guiarse por la luz de las estrellas, hasta que tropezaba con una piedra o una raíz. De cuando en cuando se oían, terroríficos, los gritos de las aves nocturnas.

El canto de las ranas y el débil brillo de las charcas del río le indicaron que había llegado a su destino. Muy cerca se distinguía, silencioso y blanco, el caserón. Tragó saliva. Nunca había estado allí de noche, y además solo. No se atrevió a encender la linterna porque las sombras que suscitaba eran aún más aterradoras que la oscuridad en la que se movía. El miedo le producía vértigos, pero desoyendo las enloquecidas voces que giraban en su cerebro se armó de valor y cruzó el umbral.

Ignoraba cuándo tendría lugar el fenómeno, si es que lo había, pero a tientas buscó el círculo de tierra negra y se sentó en el centro, dispuesto a esperar y a aparecer.

En el Bois de la Cambre. O donde fuera.

© 2002 Derechos reservados. Prohibida su reproducción sin permiso expreso del autor.